

Aunque no les amo, les admiro (Una lectura personal de Ariel)

Sobeida Núñez

Tratamos aquí de hacer una lectura personal y empírica del *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó (1872-1917). Esto es bastante arriesgado si consideramos la magnitud de su obra y los innumerables estudios que se le han dedicado a *Ariel* "Invoco al genio alado como guía".

La importancia de la figura y obra de Rodó está suficientemente valorada en la historiografía literaria hispanoamericana. Ninguna historia de la literatura de América Latina podrá obviar al escritor uruguayo. Por tanto, no haremos ninguna reseña de la presencia e importancia de Rodó en nuestra literatura así como tampoco destacaremos su importancia, igualmente valorada, en el pensamiento y literatura de ideas de América Latina. Simplemente trataremos de entender al Rodó que leímos.

Ariel se publica en un momento en que los nuevos Estados Nacionales de América Latina han comenzado su desarrollo y procuran lograr su estabilidad sorteando las luchas internas y guerras civiles. Estamos, pues, en una etapa de formación y consolidación definitiva de nuevas naciones. El siglo XIX, creemos, fue uno de los siglos más agitados y convulsionados en nuestros territorios. Después de su liberación de España, América Latina trata de encontrar una vía de establecimiento de Estados nacionales autónomos, pero las oligarquías liberales y conservadoras en su lucha por el poder mantienen en guerra durante todo el resto del siglo a estos países:

Fundaron la República, calcaron instituciones extranjeras y concedieron todas las libertades a multitudes amorfas. Las primeras disputas se iniciaron entre los defensores del orden antiguo y los radicales que pretendían destruirlo: conservadores y liberales aparecen en la misma vida republicana. El militarismo, las revoluciones, las guerras entre caudillos se explican en parte por el cisma entre los partidarios de la tradición y los defensores de la libertad. ⁽¹⁾

Tal como señala García Calderón, una vez nacidas las nuevas repúblicas, nacen confrontaciones nuevas. Estas luchas de la oligarquía se mantienen hasta el siglo XX. En este ambiente inestable en vías de equilibrio, nace **Ariel**, como un mirador desde donde se observa y analiza el presente y el futuro de Hispanoamérica.

Cuando se piensa que Rodó tenía apenas veintiocho años de edad al publicar este libro, la admiración por su obra, creo, crece. **Ariel** no es el producto de la reflexión de un hombre mayor, viejo, que hace acopio de su sabiduría y agudeza para hablarle a "la juventud de América", aconsejándola y

advirtiéndola debido a su larga experiencia. No, se trata de la voz de un pensador absolutamente joven hablándole a los jóvenes americanos, He aquí, a nuestro parecer, una de las más atractivas virtudes de Rodó y de Ariel. La juventud le habla a la juventud.

Es una voz joven que, sin embargo, pone su discurso en la de un adulto mayor, Próspero, viejo maestro que recibe a sus discípulos y les habla como un acto de despedida. También aprovecha la simbología de Próspero, sabio de *La tempestad* de William Shakespeare.

Desde su posición de maestro, Próspero habla a los jóvenes; y en las primeras páginas del libro tenemos unos de sus rasgos más definitorios, los consejos didácticos y orientadores:

Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que al prepararos a respirar el aire libre de la acción formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. ⁽²⁾

Dos cosas son el objeto central del interés de Ariel : la juventud y su formación. Sin decir que sea un libro eminentemente didáctico sí contiene la función de enseñanza atribuida a un maestro, en el sentido más noble de esta palabra. Todo el libro está marcado por ese afán de Rodó de dar a la juventud la mejor orientación para fortalecer su formación, pues a ella le concede el atributo de la renovación y la esperanza del cambio:

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud.

(...) La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades. (p. 11).

Para Rodó, la juventud no es un grupo, una masa, sin funciones dentro de la sociedad: al contrario, es la fuerza que puede motorizar los cambios en las sociedades americanas siendo debidamente formadas en la más exquisita cultura. Las orientaciones de Próspero no son una simple y común conversación de un maestro y sus discípulos, son una profunda reflexión y enseñanza cargada de un ideario, o ideología, tendente a una formación cultural y política.

Próspero no enseña por el arte mismo de enseñar, su educación tiene finalidades objetivas claramente expresadas en la primera parte:

... yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro. (p. 18).

Señalado explícitamente, la educación de Próspero tiene como objetivo soliviantar la tranquilidad de los jóvenes de

América para que se hagan partícipes reales del destino de sus pueblos.

En la mejor tradición de los intelectuales latinoamericanos cuyos textos eran verdaderos manifiestos políticos escritos en la mejor prosa y con los mejores esfuerzos literarios, Rodó emplea su escritura como una sutil arma de lucha.

Así ocurre con los criterios de Esteban Echeverría, Manuel González Prada y el finísimo José Martí. A esta tradición de intelectuales, escritores y políticos pertenece Ariel y esencialmente Rodó. Está en Ariel una de las ideas defendidas, al menos, por estos tres intelectuales antes mencionados:

Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase a nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste o insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria. (p. 16).

Por encima de todo está América, pero nada de lo exterior a ella debe ser rechazado si puede convertirse en una enseñanza útil. Las transposiciones acrílicas es lo que cuestiona Rodó y también Martí, Echeverría, González Prada y otros pensadores y escritores latinoamericanos. La formación y la conducción de nuestros pueblos admite ideas extranjeras pasadas por el tamiz hispanoamericano. De hecho, la formación básica de Rodó es francesa.

En el mismo sentido de lo que podemos llamar el primer

capítulo de *Ariel* el segundo continúa advirtiéndolo a la juventud, ahora se dedica a explicar los peligros que atañen a la especialización y el utilitarismo en la educación de los jóvenes y en la confección de su espíritu e integridad humana:

Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida (p. 20).

... el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la humanidad., (p. 21).

Postuladas en 1900, estas ideas adquieren una actualidad que las hace ver como visionarias. Nunca como ahora los efectos de la especialización y de los compartimientos entancos han producido tantos espíritus estrechos e incapaces de sentir más allá de sus reducidos mundos.

Evidentemente Rodó pretendía formar generaciones de jóvenes de una amplitud en la comprensión y el análisis que provocara cambios drásticos en sociedades que muchas veces habían sido gobernadas por semi-analfabetas. El además, aspira a que los jóvenes desarrollen un mundo interior que los proteja de los ruidos externos, una interioridad sagrada propia de espíritus elevados; cuando logren mantener la privacidad interior, entonces serán hombres libres:

Una vez más, el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana (p. 27)

Decir eso en nuestras sociedades es lanzar un grito revolucionario. En países tan corrompidos en su clase dirigente como los nuestros, mantener la integridad humana es un atentado contra el poder. Leído Rodó a casi un siglo, es leer un texto de absoluta vigencia. Los modernos pedagogos quedarían muy satisfechos con él, o muy disgustados.

Para completar la educación del espíritu de los jóvenes de América, Rodó plantea un nuevo elemento: la creación del buen gusto y del sentido de la belleza, de lo hermoso. Dicho sentido no va en función de un esteticismo o de un arte por el arte, esto fortalecerá la capacidad crítica de los jóvenes.

Yo creo indudablemente que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno. (p. 31)

Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una actitud artística, cuidar, con exquisitez superflua, una elegancia de la civilización. El buen gusto es 'una rienda firme del criterio'. Martha ha podido atribuirle exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y devuelve a la luz cuando la primera se oscurece y vacila. (p. 34)

La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades, (p. 35)

El sentido de lo bello es otro de los aspectos que deben ser cuidados en la educación y evitar la "profanación" que puede hacerle la vulgarización. El buen gusto y la belleza darán a los jóvenes una conciencia crítica. Y distinguir lo bueno de lo malo, no es sólo clasificar los axiomas de la sociedad sino una conciencia que les advierta de las usurpaciones y los peligros.

Pasa luego Rodó, a una disertación sobre la democracia.

A pesar de que la nueva lectura de *La tempestad* ve en Calibán a los pueblos oprimidos por los Prósperos, e igualmente se ve que Rodó ha invertido los símbolos en Ariel, pues Calibán no es los Estados Unidos ni Ariel es América Latina, como lo han revelado las lecturas de Roberto Fernández Retamar y Rafael Humberto Moreno-Durán, entre otros, nosotros no nos ocuparemos de ese problema. Sólo veremos cuál democracia quiere Rodó para América Latina.

Dice Moreno-Durán:

Calibán, (...) es el caribe americano, es la "barbarie", y es también, bajo la nueva connotación, el pueblo ⁽³⁾

Inspirado esto en el estudio de Retamar:

Nuestro símbolo no es Ariel, como pensó Rodó, sino:

Calibán. Esto es algo que vemos con particular nitidez los mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Calibán:

¿Qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia, sino la cultura de Calibán. ⁽⁴⁾

Invertidos así los términos de Rodó, Ariel entonces pasa

a ser considerado como la representación de una élite privilegiada y, en consecuencia, de la democracia. Si Calibán es la gran masa latinoamericana. Ariel es una élite; veamos algunas interpretaciones sobre esta idea. En su libro, Moreno-Durán termina diciendo:

La democracia, pues, sólo es concebible en términos de ser dirigida únicamente por los mejores, por la minoría arielista, noble y espiritual. (p. 36)

Esta misma idea sobre la democracia que propone Rodó, es casi generalizada en muchos textos, mencionemos sólo una más:

Aceptaba las democracias, pero únicamente las selectas, las que no igualaban con el rasero de lo bajo sino las que tienden a superarse. ⁽⁵⁾

Como dijimos, esta idea expresada por los estudiosos de la literatura hispanoamericana es una tendencia más o menos general en la interpretación de Ariel. Nosotros queremos señalar, con algunas citas de Rodó, que la idea de democracia en Ariel no convoca a una exclusividad elítesca.

La motivación de Rodó por estudiar la democracia y especialmente la de los Estados Unidos se deduce del mismo texto lo primero, y lo segundo también, pero estimulado por circunstancias sociopolíticas del momento. Manifiesta Próspero:

... el espíritu de la democracia es, esencialmente para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse. Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de su forma *histórica* actual, han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y de fecundo (p. 47).

Con frecuencia habéis oído atribuir a dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración *estética* y *desinteresada* de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza, (...) son la una; la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas, la otra. (p. 39)

Si la democracia es ineludible en América Latina, Rodó lo que trata de hacer en *Ariel* es revisar las imperfecciones que padece y plantear en forma de proyecto político, cómo debe ser la democracia en el futuro de los países latinoamericanos. La difusión de su funcionamiento en la América Latina. Además, la democracia que Rodó vive atenta contra el ideal de la educación y espíritu del hombre que él propone en su libro. Se dedica entonces a explicar los perfeccionamientos que deben hacerse a las democracias latinas para evitar aquello y lograr una autodefinición. Creemos que el tipo de democracia a que aspira Rodó no es en absoluto elitescos, aunque sí plantea la necesidad de la valoración de superioridades humanas, lo cual es una idea de amplísimo contenido si se advierte en ella el surgimiento de los mejores en competencia natural de sus virtudes, sobre el resto. No es posible pensar en una sociedad donde no exista una clase dirigente en todos los órdenes. Sin embargo, Rodó propone una confrontación donde la calidad se imponga, cualidad que sería una característica de una sociedad casi perfecta:

Toda igualdad de condiciones es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la naturaleza, un equilibrio inestable. Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo de

la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas. (p. 41)

Si estamos invadidos de "superioridades injustas", cómo es posible no pretender que las superioridades en la sociedad se produzcan en el libre juego de las pruebas de calidad. Pues no todos podrían escribir *El Quijote*, aunque tuvieran libertad de hacerlo.

Creemos, entonces, que la idea de Rodó de Democracia en *Ariel*, parte del perfeccionamiento de ésta y de los cuidados que debe tener para no degenerar en igualitarismos mediocres. En esto consiste el proyecto político de Rodó, la democracia es la vía para la grandeza de América Latina, con un cuidadoso mantenimiento de la exigencia de una rigurosa excelencia:

El verdadero, el digno concepto de igualdad reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. (p. 49)

No habrá élites creadas sobre falsas razones, sino un Estado democrático donde brillen los mejores.

Rodó también advierte sobre la excesiva influencia de los Estados Unidos en América Latina:

La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes... (p. 55)

De ese avance es sobre el que llama la atención **Ariel**. Los Estados Unidos son la encarnación del utilitarismo y la vulgarización que desvirtúa el buen gusto, la belleza y la integridad humana.

Según Ariel:

Su cultura, que está lejos de ser refinada y espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente a realizar una finalidad inmediata. (p. 60).

Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. (p. 64)

En igual proporción que la ignorancia radical, disminuyen en el ambiente de esa gigantesca democracia, la superior sabiduría y el genio (p. 67)

Toda la interpretación de la democracia y la sociedad norteamericana la hace Rodó para ilustrar los peligros de la imitación de su realidad tan afecta a nuestros países:

En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. (p. 57)

Un modelo que de antemano, por las descripciones de Rodó, está deformado. Tal como lo señalaran fundamentalmente Bolívar y Martí, Rodó percibe en los Estados Unidos, el gran peligro para América Latina. Y **Ariel** no es más que el grito de advertencia para los dirigentes de esta parte de América. Además, para el momento en que aparece **Ariel** ya los Estados Unidos han practicado varias intervenciones en

América Latina, siendo la de Cuba la más importante. La expansión del imperialismo norteamericano, comenzaba a extender sus redes, definitivamente.

Concluimos, diciendo con Rodó y para él, en singular: aunque no le amo, le admiro, como en plural dijo respecto a los Estados Unidos.

Reitero que estas notas son una lectura muy personal de Ariel ante la fascinación por los 28 años de Rodó.

NOTAS

- (1) Francisco García Calderón. **Las democracias latinas de América**. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979. (Nº 44) (p. 126)
- (2) Todas las citas pertenecen a Ariel. Colombia, Editorial La Oveja Negra, 1986. (Historia de la Literatura Latinoamericana) (p.9)
- (3) Homberto Moreno-Durán. **De la barbarie a la imaginación** Barcelona (Esp.), Tusquest Editor, 1976. p.44
- (4) Roberto Fernández Retamar. **Calibán**. México, Editorial Diógenes, 1971. p. 30-1.
- (5) Agustín del Saz. **Literatura iberoamericana**. Barcelona (Esp.) Editorial Juventud, 1978. p. 75.

